

LAS TRES EDADES DE LA VIDA INTERIOR

Padre Reginald Garrigou Lagrange

VIDA DE REPARACIÓN*

Para completar lo que hemos dicho de la unión con Dios de los perfectos, vamos a hablar, siquiera brevemente, de la vida reparadora, que es un apostolado por la oración y el sufrimiento.

Nuestro Señor salvó al mundo más por su heroico amor en la cruz que por sus sermones. Sus palabras nos dieron la luz y enseñaron el camino; mas su muerte en cruz nos consiguió la gracia para poder seguir ese camino.

María, Corredentora y Medianera universal, es el modelo de las almas reparadoras por sus dolores al pie de la cruz. Por ellos merecieron de congruo, o por mérito de conveniencia, todo lo que el Verbo encarnado nos mereció en estricta justicia. Su Santidad Pío X (Ene. *Ad diem illum*, 2 feb. 1904) confirmó con su autoridad esta común enseñanza de los teólogos. Benedicto XV ratificó el título de corredentora al decirnos que "María, en unión con Cristo, rescató al género humano, *ut dici mérito queat ipsam cum Christo humcenum genus redemisse*" (Carta de 22 de marzo de 1918, Act. Apost. Sed. X, 182). Así ha sido María constituida por madre espiritual de todos los hombres.

Más recientemente, S. S. Pío XI, en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor* ha recordado a los fieles la necesidad de la reparación, exhortándoles a unir todas sus contrariedades y sufrimientos a la oblación siempre viviente del corazón de nuestro Señor, principal sacerdote de la misa.

En ésta, la inmolación de Jesús no es sangrienta y dolorosa como en la cruz, mas la inmolación dolorosa debe continuar en el Cuerpo místico del Salvador y se prolongará hasta el fin del mundo. Jesús, en efecto, al incorporar a sí a los fieles que de él reciben la vida, reproduce en ellos algo de su infancia, de su vida oculta, de su vida pública y de su vida dolorosa, antes de hacerles participar de la gloriosa en el cielo. De esa manera les da el poder trabajar y cooperar con él, por él y en él, por la salud de las almas, con los mismos medios que él empleó. En este sentido escribió S. Pablo (Col., I, 24); "*Al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo, en pro de su cuerpo que es la Iglesia.*" No es que falte cosa alguna en sí mismos a los sufrimientos de Cristo, ya que su valor es sobreabundante e infinito; mas les falta todavía algo en cuanto a su irradiación en nosotros.

LA VIDA DE REPARACIÓN EN EL SACERDOTE

Precio es, y de modo muy particular, que el sacerdote sea "*otro Cristo*". Jesús es sacerdote y víctima; no es posible, pues, querer participar del sacerdocio de Cristo, sin participar de algún modo de su estado de víctima, en la medida determinada por la Providencia. Cuando el sacerdote sube las gradas del altar, lleva pintada a sus espaldas y sobre su pecho una cruz, que le trae a la memoria la del Salvador.

Así lo comprendieron los grandes pastores de almas, que en tiempo de persecución dieron la vida por sus ovejas. Así lo interpretaron los sacerdotes santos, como un S. Bernardo, un S. Domingo, un S. Carlos Borromeo, o el Cura de Ars, que ofrecía todos sus sufrimientos en favor de los fieles que se acercaban a él, al ofrecer el Cuerpo y la preciosa Sangre de nuestro Señor.

El gran amigo del Cura de Ars, V. P. Chevrier, de Lión, decía a los sacerdotes que se hallaban bajo su dirección: "El sacerdote debe ser otro Cristo; pensando en la gruta de Belén, ha de ser humilde y pobre; y cuanto más lo sea, da a Dios más gloria y es más útil a su prójimo: el sacerdote debe ser *un hombre despojado*. Al acordarse del Calvario, ha de pensar en inmolarse hasta dar la vida. El sacerdote ha de ser *un hombre crucificado*. Pensando en el Tabernáculo, ha de recordar que es su deber darse sin cesar a los demás, y hase de convertir en buen pan para las almas: el sacerdote debe ser *un hombre comido*".¹

El P. Carlos de Foucauld, que se ofreció como víctima para sellar con su sangre su apostolado entre los Musulmanes, había escrito en un papel que llevaba siempre consigo: "Vivir como si hoy mismo debieras morir mártir. Cuando nos falta todo sobre la tierra es cuando más encontramos lo mejor que la tierra puede darnos: la cruz".²

Las mismas ideas se pueden echar de ver en muchos fundadores de Ordenes religiosas, los cuales, a ejemplo de nuestro Señor, tuvieron que completar su obra mediante la total inmolación de sí mismos. Lo vemos particularmente, y de la manera más notable, en la vida de S. Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas en el siglo XVIII.³ (Véase el apéndice de este capítulo).

Trátase de uno de los más preclaros ejemplos de vida de reparación, y así llegó a confirmar su obra durante cuarenta y cinco años de sufrimientos,⁴ que fueron como una ininterrompida oración en el Huerto de los Olivos, Murió a los 81 años, en 1775, y los últimos meses de su vida fueron semejantes a un cielo antecipado.

Las profundas páginas escritas en el libro que acabamos de citar dan mucha luz sobre la vida de otros muchos santos, particularmente acerca de los últimos años de S. Alfonso de Ligorio, en los que tanto tuvo que sufrir.⁵ Podría creer, si no se prestase mucha atención al relato de esas penas interiores tal como están relatadas en la *Vida* escrita por el P.

* Padre Reginald Garrigou Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, Capítulo Decimosexto.

¹ Cf. *Le Père Chevrier*, por Antonio Lestra, París, 1934, p. 165.

² Como ejemplo de vida de reparación queremos citar el del santo clérigo Girard, subdiácono de Coutances, muerto en 1921 después de veinte años de sufrimientos. Su vida ha sido escrita, con el título: *Veintidós años de martirio*, por Myriam de G. (Lión, Vitte), la cual, hace veinticinco años que, a su vez, está clavada al lecho del dolor. Este santo abate, luego de su subdiaconado, fue alcanzado por la tuberculosis ósea en las rodillas; a pesar de diversas operaciones y de sus peregrinaciones a Lourdes, no sanó, pero consiguió una gracia todavía mayor, que fué la de ofrecer diariamente sus sufrimientos en favor del apostolado de los sacerdotes de su tiempo. Después de veinte años de martirio, su cuerpo, roído por la tuberculosis, no era sino una llaga; y estando ya para morir, aun aceptaba continuar en sus sufrimientos otros tantos años, si era necesario. Su dolorosa inmolación, junto con la de la misa, había hecho de él un santo; y sin duda consiguió la conversión de muchas almas.

³ *Oración y ascensión mística de S. Pablo de la Cruz*, por el P. Cayetano del Santo Nombre de María, pasionista, Lovaina, 1930; pp. 86-88; pp. 115-177.

Berthe, que se trata de las que sobrevienen durante la purificación pasiva del sentido. En realidad, el alma de este gran santo, que ya había llegado a los 80 años, estaba ya purificada, y estas terribles pruebas posteriores fueron de reparación, en favor de los pecadores. En eso consiste el gran apostolado del sufrimiento, por el cual los santos participan de la vida dolorosa de Nuestro Señor, y consiguen sellar su obra, como Cristo refrendó la suya en la Cruz.

LA VIDA DE REPARACIÓN EN AQUELLOS QUE TIENEN QUE LLEVAR UNA CRUZ MUY PESADA

Si es cierto que el sacerdote debe ser otro Cristo, el Cristiano en general debe también "llevar su cruz todos los días"⁴, y ofrecer sus sufrimientos en unión con el sacrificio de Jesús continuado en el altar; y ha de ofrecerlos por sí mismo y por las almas que le están encomendadas.

S. Benito José Labre no era sacerdote, ni por consiguiente participó, hablando en propiedad, del sacerdocio de Cristo; mas participó no poco de su estado de víctima. Outro tanto hay que decir de muchas esposas de Jesucristo, las cuales, a ejemplo de María, toman parte en sus sufrimientos, encontrando en ellos una maternidad espiritual de las más profundas, que es como un reflejo de la maternidad espiritual de la SSma. Virgen para con las almas rescatadas con la sangre de su Hijo.

María no recibió el carácter sacerdotal, ni pudo consagrar la Eucaristía; mas, como dice M. Olier, "recibió la plenitude del *espíritu sacerdotal*", que es el mismo espíritu de Cristo Redentor. María penetró el misterio de nuestros altares todavía más profundamente que el apóstol S. Juan al celebrar la santa misa delante de la Virgen, y darle la comunión. María, en la naciente Iglesia, fecundaba por su interior oblación, el apostolado de los Doce. Por sus interiores sufrimientos, a la vista de las primeras herejías que negaban la divinidad de su Hijo, ella era madre espiritual de las almas en un grado que no es posible llegar a comprender si no se posee una gran experiencia de este oculto apostolado. Continuaba así el sacrificio de su Hijo.

Como nos lo decía una sierva de Dios, que ha vivido muchos años de esta verdad: "El Cuerpo místico de Cristo no puede vivir sin sufrimientos, como los ojos no pueden estar privados de la luz del sol. En la tierra, cuanto un alma está más cerca de Dios, tanto más dispuesta debe estar al sacrificio. ¿No es cierto que es muy noble vocación, para las almas que lo han recibido todo de la Iglesia, la de vivir e inmolarse por su Madre?"⁵. La misma valiente religiosa decía: "Preciso es tener paciencia, pero yo la ganaré; es decir nuestro Señor la ganará... Le digo muchas veces: quiero esta alma, tenga lo que tenga que sufrir"⁶. "Hasta el fin del mundo agonizará Cristo en sus miembros, y por esos sufrimientos y esa agonía de la Iglesia, su Esposa, seguirá engendrando santos... Después que murió Jesús, las cosas no han cambiado; no es posible salvar las almas sino sufriendo y muriendo por ellas"⁷. "El corazón eternamente glorioso de Jesús no sufrirá ya, porque no puede sufrir; ahora nos toca a nosotros... ¡Qué felicidad el tener que sufrir ahora nosotros y no él!"⁸.

Permita a veces el Señor que las almas reparadoras oigan palabras como éstas: "¿No me pediste una parte de mi Pasión? Escoge, pues: ¿Quieres el gozo de una fe sin sombras, que te transporte e inunde de delicias, o la oscuridad, el sufrimiento, por el que cooperarás a la salvación de las almas?"⁹. Nuestro Señor les invita a elegir con absoluta libertad; mas ellas, sin poderlo hacer de otra manera, dejan la alegría y escogen el sufrimiento con las oscuridades que le rodean... a fin de que la luz, la santidad y la salvación les sean dadas a las otras.

De tiempo en tiempo, hágales Dios entender el endurecimiento de los corazones; y parecería que, a veces, el infierno se empleara a fondo para arrancarles un acto de desesperación; mas ellas resisten horas y horas, en una lucha de espíritu contra espíritu. Preciso es seguir al Maestro, cueste lo que cueste. Hágales el Señor comprender que espera de ellas el amor del menoscenso y hasta la completa destrucción de su ser, como la del grano que debe morir almas que Dios llama a su íntimo servicio¹⁰.

Y tal es la señal de perfecto amor, como se lee en el *Diálogo* de santa Catalina (c. LXXIV): "Eso es lo que se echó de ver en los apóstoles después que recibieron el Espíritu Santo. . . Lejos de temer los sufrimientos, en ellos se regocijaron... Este amor, el Espíritu Santo mismo se lo da, comunicando fortaleza a la voluntad". En el mismo libro (c. LXXVIII) dice el Señor: "Los que están inflamados de la pasión por mi honra, y tienen hambre de la salud de las almas, apresúranse a llegar a la mesa de la santa cruz. Esos tales no tienen otra ambición sino la de sufrir y afrontar mil fatigas por servir al prójimo, llevando en su cuerpo ' las llagas del Salvador, porque el amor crucificado que ias consume explota y se manifiesta en el menoscenso de sí mismas y en el gozo que experimentan en los oprobios, en la buena acogida que hacen a las contradicciones y penas que yo les envío, de cualquier parte que vengan... Así se conforman al Cordero sin manilla, mi Unigénito, que, en la cruz, sufrió y era a la vez bienaventurado... Estas almas, sumergidas en el horno de mi caridad, echada lejos toda voluntad propia, mas abrasadas enteramente en mí ¿quién podrá arrebatarlas y alejarlas de mi lado?"

Esta es la perfecta configuración con Cristo, y es, en la vida de reparación, la unión transformante fecunda y radiante. Es la participación en el estado de víctima de Jesús y, en los santos que no han recibido el sacerdocio propiamente dicho, una muy íntima unión con el Padre celestial, en la que se realizan admirablemente las palabras de S. Pedro (I Petri, II, 5): "Arrimaos a él como a piedra viva que es, desechada de los hombres, pero escogida y preciosa a los ojos de Dios; sois también vosotros a manera de piedras vivas, edificados encima de él, siendo como una casa espiritual, como un orden de sacerdotes santos, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo".

Tal identificación con Jesucristo crucificado, mediante la vida de reparación, es como el preludio inmediato de la vida de la eternidad.

⁴ Luc., IX, 23: "Dirigiéndose a todos, Jesús dijo: "Si alguien quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

⁵ *Madre Francisca de Jesús* (compendio de su vida, al que hemos añadido algunos extractos de sus escritos), p. 53.

⁶ Ib. p. 54.

⁷ Ib., pp. 143-145.

⁸ Ib., p. 147.

⁹ Ib., p. 177.

¹⁰ Ib., p. 179.